

## CAPITULO X

### Arte y Religión

La revolución realizó un prodigio que, hasta su realización, pareció tan irrealizable como la cuadratura del círculo: la fusión de las opiniones.

La reconciliación se efectuó sobre el terreno económico; el derrumbamiento de toda la superestructura etatista cimentó ese acuerdo, le hizo insoluble. Los hombres se reían de su locura pasada; se admiraban de haber podido odiarse tanto, de haberse perseguido tan cruelmente con el vano pretexto de concepciones políticas discordantes.

El mismo fenómeno se observaba en materia religiosa. La pacificación se había hecho: el desacuerdo de las creencias individuales no enemistaba ya a los hombres; habían cesado de injuriarse con motivo de divergencias filosóficas y metafísicas; ya no se execraban porque

sus concepciones sobre el universo y el problema de la vida y de la muerte fueran opuestas.

Más lejanas aún que las querellas políticas, más profundamente envueltas en la nada de la historia, aparecían las épocas de barbarie en que los hombres se peleaban en nombre de la religión.

La armonía ideológica, esa pacificación intelectual provenían, no de las voluntades individuales, sino del agregado social. La revolución, después de haber roto las fórmulas y los dogmas, no impuso ninguno, limitándose a despejar el terreno y arrancar la cizaña para que brotara el buen grano. ¡Y brotó en abundancia! El principio de respeto humano y de egoísmo purificado, que era el espíritu y la fuerza atractiva de la revolución, al mismo tiempo que había creado el bienestar, había realizado esa serena tranquilidad en el terreno intelectual y moral, tranquilidad que no excluía la variada eflorescencia de las doctrinas.

La revolución, como hemos visto, atacó principalmente a las instituciones, diferenciándose en esto de las revoluciones anteriores, y esto es lo que le dió su carácter social.

Consideró inofensivos los privilegiados, una vez despojados de sus privilegios; casi tan poco peligrosos como la serpiente de cascabel privada de sus venenosos colmillos.

Hirió al Estado en sus organismos, olvidando la acción nefasta de su personal en cuanto aceptó su regeneración por el trabajo.

Hirió también a la Iglesia en sus obras vivas, en sus monumentos donde se cristalizaba su obra de mal y de perversidad. Obró respecto de ella como con todas las potencias del pasado: sus riquezas volvieron al pueblo, y sus ministros hubieron de someterse al trabajo, por ser su parasitismo tan incompatible como otro cualquiera con la nueva organización.

Verdad es que cuando estalló la revolución la Iglesia parecía decaída de su antiguo poderío; el régimen de la separación parecía haberle debilitado; la indiferencia en materia religiosa impregnaba las generaciones jóvenes. Mas, a pesar de todo, el pueblo recordaba que la Iglesia fué el manantial original de toda servidumbre, y que el Estado fué su hermano menor, por lo que no cometió la imprudencia de tratarla con desdén.

No obstante, hubo entre los revolucionarios dos corrientes, no respecto de la actitud que convenía observar con la Iglesia como casta privilegiada, sobre este punto el acuerdo fué unánime, sino sobre lo que convenía hacer con los monumentos del culto.

Unos consideraban las iglesias, las catedrales,

como utilizables de diversas maneras — como salas públicas o como museos, recordando que en 1793 los descamisados las transformaron en salas de reunión, y hasta en graneros y cuadras —; añadían que en la Edad Media, época de fervor religioso, las iglesias se destinaban a diversos usos; en ellas se celebraban los mercados y también se utilizaban como salas de espectáculos. Por consiguiente, tanto por utilidad como por sentimiento artístico, opinaban por la conservación de los monumentos religiosos.

Contra esa tesis se declaraban otros vigorosamente, pronunciándose por que se derribaran sin piedad los edificios culturales. Los que manifestaban esa opinión, lejos de ser hombres incultos y apasionados, eran, por el contrario, hombres ilustrados, que no sentían odio hacia los monumentos, sino a la superstición que simbolizaban. Manifestaban que la crítica no mata las religiones; que a pesar de demostrar su absurdo de generación en generación, continúan teniendo fieles mientras quede en pie el centro magnético de atracción constituido por el templo: los primeros cristianos lo sabían; la prueba es que como verdaderos revolucionarios, después de su triunfo derribaron los templos del paganismo, sin pensar en purificarlos y utilizarlos. Los cristianos

comprendieron que una fe nueva necesitaba monumentos nuevos, y en eso consistió su fuerza.

Ese sentido revolucionario que tuvieron los cristianos del siglo IV, no lo tuvieron los revolucionarios de 1793-94, por lo que decían los partidarios de la demolición: «Para descristianizar Francia se limitaban a derribar con gran pompa las estatuas de los pórticos de los templos, y creían ser extremadamente audaces transformándolos en almacenes o salas de reunión. ¡Cuanto mejor inspirados hubieran estado guillotinando menos curas y derribando más iglesias!... Algunos años después se vió la consecuencia de esa falta: cuando Napoleón I quiso restaurar la religión cristiana, nada más sencillo: no hubo más que abrir y purificar las iglesias.» Y deducían como conclusión decisiva: «Que la lección del pasado nos sirva de enseñanza. ¡No recaigamos en los errores de nuestros padres!»

Contra esa táctica se indignaban los enamorados de las bellas piedras, invocando el respeto de las catedrales donde se había incrustado el alma de nuestros padres, que no siempre fué muy católico.

Entre esas dos argumentaciones contradictorias, después de vivas discusiones, el acuerdo solía hacerse por un convenio: se respetarían

los monumentos que simbolizara el arte de una época, y se sería inexorable contra las construcciones anti-estéticas, calificadas por arquitectos tan faltos de arte como de fe.

En muchos centros se preparaba la descristianización; pero en aquellas circunstancias, como en todas las demás, se manifestaba el espíritu de la revolución, que pretendía modificar el hombre por la transformación del medio. De ese modo, execrando las supersticiones y derribando las iglesias, los revolucionarios respetaban la fe de cada uno.

Ese respeto de las creencias suscitó, en el seno del catolicismo, una modificación, cuyos primeros síntomas se habían revelado ya en régimen capitalista, después de la separación de las iglesias del Estado. Cierta número de sacerdotes, especialmente en la población rural, se habían ingeniado a recuperar su sueldo dedicándose al trabajo: unos se habían hecho agricultores, otros fabricantes de conservas de legumbres o de frutas, o bien ebanistas, encuadernadores. Así habían cesado de ser parásitos sin dejar de ser curas, y estaban ya predispuestos para la vida de la sociedad nueva, de la cual habían de ser eliminados los parásitos. Y mientras los obispos y los curas de las ciudades, habituados a la vida artificial que hasta

entonces habían llevado se hallaban desamparados, los curas de aldea, medio trabajadores, se adaptaban fácilmente al nuevo medio, continuando entre tanto el ejercicio de sus funciones sacerdotales, sin que nadie se opusiera. A misa y al sermón iba quien quería.

Por otra parte, aumentaba la indiferencia religiosa: ya, antes de la revolución, el espíritu de examen quebrantaba interiormente el catolicismo: los curas dedicados al trabajo se sentían más independientes de la autoridad episcopal, y más audaces, exponían sus dudas; a los absurdos del catolicismo oponían la palabra del Evangelio, e insensiblemente se deslizaban a un vago cristianismo muy poco ortodoxo. Ese movimiento fué acelerado por la revolución.

Lo importante era la irrevocable ruptura de todas las castas religiosas; que nadie, invocando su carácter sacerdotal, ministro protestante o rabino, pudiera exceptuarse del trabajo y vivir en la holganza a expensas de sus semejantes: ese era el punto principal. Fijado este punto, libre era cada uno de creer o no creer; de ser cristiano, espiritista, budhista o teósofo; eso asunto individual, sin reparación social posible.

Además, con el aumento del bienestar, más aún que con la instrucción, descendía la fe

en las poblaciones. Antes buscaban muchos un consuelo a las miserias de la vida en su anonadamiento al pie de los altares, como otros le buscaban en el fondo de un vaso de alcohol. La religión y el alcoholismo obraban como narcóticos, uno material y otro espiritual, a los cuales recurrían muchos desesperados, adoptando uno u otro según sus condiciones morales o su grado de desarrollo.

La seguridad material, perfectamente adquirida, había contribuído a contener esos tristes desfallecimientos. El alcoholismo desaparecía y la superstición perdía terreno.

Aunque la vida se anunciara cada vez más radiante, la ruta no carecía de abrojos y espinas. Sobre el bienestar material, que alcanzaba a todos, el problema de la felicidad no se sujetaba a las previsiones sociales, por ser asunto moral y de sentimiento puramente individual.

No obstante, en ese dominio psicológico, como en todos, los efectos de la transformación eran perceptibles; los dolores morales, las penas de sentimiento, las angustias intelectuales eran menos agudas: no estando dobladas por la miseria y las dificultades de la existencia, se modificaban y templaban por la extensión del bienestar.

Las costumbres se modificaban rápidamente. Su evolución, ya bosquejada antes de la revolución, se marcaba cada vez más.

En régimen capitalista, la lucha emprendida por las organizaciones sindicales contra el alcoholismo fué activa y eficaz, pudiendo citarse sindicatos débiles en un principio y que contaba con una gran proporción de alcohólicos, que en pocos años robusteció su organización, aumentó los salarios en un 25 por 100 y bajó el alcoholismo hasta casi desaparecer. Los trabajadores bebían menos porque habían conquistado un bienestar y paralelamente se habían elevado en conciencia y en respeto de sí mismos.

La acción temperante del sindicalismo pudo comprarse, no sólo por la elevación moral de la generalidad de las corporaciones obreras, sino por la crisis que se produjo en los establecimientos de bebidas, cuya clientela disminuyó notablemente.

Con la revolución, las tabernas, los salones del pobre, desaparecían por carecer de razón de ser.

Mientras los obreros se vieron reducidos a un trabajo intenso y excesivo, pedían un alivio al alcohol; además, después de una larga jornada de fatiga, o para retrasar su vuelta a su

habitación frecuentemente miserable, buscaban un recreo en la taberna. Allí, en oposición al género de sus ocupaciones profesionales, jugaban a cartas o se desentumecían los miembros jugando al billar. También les servía la taberna de punto de reunión, y residencia de diversas sociedades y grupos de que formaban parte.

Puesto que ya no había pobres, era regular que desaparecieran los establecimientos que les habían servido de «salones».

Las costumbres se modificaban, pues, al mismo tiempo que el medio.

Como consecuencia se vivió más la vida de familia, que el industrialismo capitalista había dificultado tanto, y hasta imposibilitado en algunas comarcas, esclavizando al trabajo, no sólo el hombre, sino también la mujer y el niño. Como ya no había tugurios insanos y detestables, como todas las habitaciones eran agradables y cómodas, cada uno sintió el encanto de vivir en «su casa».

Las tertulias amistosas, que reemplazaron las antiguas de tabernas, cafés y bars, tenían alguna semejanza con los clubs de los tiempos pasados: se podía beber en ellas, pero eran centros de conversación, de lectura, de reunión, más que de bebida. Muchas se instalaron en los antiguos cafés y establecimientos similares,

y, aparte de la consideración de que las bibliotecas habían destronado en parte a la bodega, los locales destinados a tertulias se distinguían por su aspecto artístico.

Algunas de esas salas contenían muebles, cuadros, esculturas y adornos de diferentes edades y estilos; otras eran sabias reconstituciones de una época particular: unas evocaban los períodos medioevales; otras recordaban la época de Moliere, o la de Diderot; otras el gusto de 1793, o el estilo de 1830, o el segundo imperio.

Esas reconstituciones, que demostraban el gusto seguro de los obreros que habían hecho las instalaciones, se hicieron a poco coste con los excedentes de las colecciones de los exprivilegiados que no hallaron lugar en los museos. Había allí obras modernas que algunos burgueses, ricos de dinero y pobres de inteligencia, habían comprado a precios exorbitantes, creyéndolas antiguas. La autenticidad de esos engaños, que denotaban la habilidad y el saber de sus ejecutantes, fué reconocida, y algunas de esas obras llevaban el nombre de sus autores o el del taller de donde habían salido.

Todo ello resultó una crítica irónica de la soberbia y de las vanidades de la sociedad

capitalista, al mismo tiempo que una demostración de su mercantilismo, su duplicidad y su predominante espíritu de explotación y mentira.

La toma de posesión que hicieron los revolucionarios de las colecciones particulares, amontonadas por los privilegiados del capital, por snobismo u ostentación y también a veces con ulterior propósito de especulación y no por verdadera pasión artística, resultó una revisión burlesca. Obreros y artistas, calificados por su saber y competencia, examinaron aquellas colecciones, y, en las más reputadas, hallaron abundancia de timos artísticos. Hízose una selección concienzuda y, en tanto que una parte de aquella obra iba a enriquecer museos y bibliotecas, el resto se empleaba en el decorado de salas públicas, de casas de retiro, de todos los lugares de reunión.

Los museos cesaron de ser incoherentes montones de riquezas artísticas, incomprendible para la generalidad, no sirviendo ya, como sirvieron en su origen, de educación y recreo. Su arreglo y transformación no corrió a cargo de los burócratas ignorantes que antes los habían cuidado, sino de artistas de reconocida competencia.

La esmerada atención con que se procedió

a esas operaciones denotó la grandiosa extensión que iban a tomar los sentimientos artísticos: generalizándose se afinarían, ganarían en sencillez, verdad y pureza, y ya no serían alterados por preocupaciones comerciales que antes les desviaban o les dominaban.

En la operación de mudanza de las colecciones particulares, que no era sino la aplicación de sus principios de expropiación social, la revolución no hizo innovación, imitaba, seguía el ejemplo de los regímenes anteriores.

En efecto, durante el siglo XIX los museos nacionales se enriquecieron mediante las rapiñas operadas desvergonzadamente por los generales de la república o del primer imperio en sus incursiones por Europa; por derecho de conquista tomaban a capricho cuanto hallaban en museos o en casas particulares.

Los museos se enriquecieron también con las expropiaciones del clero, de los conventos y con las consiguientes a la separación de las iglesias y del Estado.

En la revolución la operación fué más extensa y racional: se verificó la expropiación capitalista en beneficio de la sociedad en general.

Muchos de los suntuosos palacios de los millonarios se transformaron en casas de salud o de vejez; y, sin desamueblarlas, se reserva-

ron para los museos las obras de arte que les adornaban. Allí se dedicarían a su verdadero destino, porque no habían sido concebidas para ser encerradas, sino para alegría de los ojos, para evocar emociones y para ser admiradas.

Antes de la revolución de 1789-93 el arte era ante todo un privilegio real; después fué un monopolio capitalista; con la revolución el arte se universalizaba, se humanizaba.

Sucesivamente había dominado el arte de los sacerdotes, el de los reyes y el de los capitalistas: había llegado la hora del arte de la humanidad.

El arte, doblado de la ciencia, colmaría dignamente el sentimiento.

Las religiones habían abominado la vida, anatematizado la belleza, condenado los sentidos y su alegre expansión, exaltado el rebajamiento, y la vida, triunfante, recobraba sus derechos, tomaba su revancha. El ser humano había roto la cadena del salario; su esfuerzo libre excedía de lo necesario para la adquisición de sus medios de subsistencia; no era ya la industria su ama, sino su servidora. Rotas todas las trabas, desvanecidos todos los obstáculos iba a desarrollarse en toda su magnificencia.

No había temor de que se rebajara el nivel

del arte al universalizarse; al contrario, ganaría en extensión y profundidad. Su dominio sería ilimitado; impregnaría todas las producciones; no se limitaría a pintar grandes superficies, a esculpir el mármol, a fundir el bronce. El arte estaría en todo: en el cacharro de agua como en las decoraciones de un Puvis de Chavannes; en los menores objetos usuales como en un grupo de Constantin Meunier.

Ya no se verían grandes artistas sofocados por la miseria y envueltos en la indiferencia, como antes sucedía con frecuencia.

Innumerables artistas de alto y admirable valor, lo mismo que grandes inventores que vivieron en la sociedad capitalista, murieron desconocidos en la miseria negra, o desaparecieron sin dejar huellas de su paso por falta de circunstancias favorables.

Y aun, entre los que lograron salir a la superficie, hubieron de luchar horriblemente bajo el peso de los mayores sufrimientos físicos y morales. ¡Cuántos otros, después de haber luchado entre penas y dolores, murieron confundidos en la masa vulgar, y no fueron reconocidos como grandes artistas hasta después de su muerte!

## CAPITULO XI

### La liberación de la mujer

Si se hubieran sondeado muchos ex-beneficiarios de la sociedad capitalista no se hubieran encontrado pocos que en su fuero interno maldecían la revolución, y que la sufrían porque no podían hacer otra cosa: llevados por la corriente, demasiado débiles para resistir las fatalidades sociales, y no teniendo humor para andarse en rebeldías, se dejaban ir sin resistencia.

Lo mismo sucedió en todas las revoluciones anteriores. Hay en el mundo gran cantidad de seres pasivos que se adaptan sin murmurar, que siguen a los guías cuando resultan vencedores.

Esa plasticidad de la multitud, que en las épocas de explotación y de opresión aseguró el triunfo de los privilegiados, se halló al servicio de la revolución. Gracias a ella, los esfuer-